

Revista Interamericana de Educación para la Democracia

RIED IJED

Interamerican Journal of Education for Democracy



**Haciendo memoria y
articulando perspectivas:
las instituciones escolares
en una comunidad nahua
de México**

Vol 4 , No. 2

Enero, 2013

Documento disponible en:
www.ried-ijed.org

ISSN: 1941-1799



Haciendo memoria y articulando perspectivas: las instituciones escolares en una comunidad nahua de México

Verónica Medrano Camacho*

Resumen

Este artículo presenta los procesos a través de los cuales los habitantes de una comunidad indígena nahua han valorado y articulado sus instituciones escolares con su proyecto de vida y con el desarrollo de su comunidad. Para ello recurrimos a los testimonios de 14 pobladores nacidos entre los años de 1933 y 1985. A través de sus relatos presentamos los conflictos, resistencias y valoraciones que otorgan a las instituciones escolares las distintas generaciones de habitantes, aportando elementos para el análisis intercultural.

Introducción

El contenido de este artículo forma parte de una investigación doctoral, en la que uno de los objetivos fue analizar y reflexionar, desde un enfoque intercultural, sobre el desarrollo, la influencia y el lugar que han ocupado las instituciones escolares en la vida cotidiana de las personas en una comunidad indígena. Para ello presentamos los testimonios de 14 pobladores que narran la importancia de la escuela en sus vidas y en la de sus familias, a través de sus trayectorias escolares (se trata de ocho mujeres y dos de hombres que nacieron entre 1933 y 1985). Además analizamos cuáles han sido los procesos de establecimiento de los

niveles de educación secundaria y bachillerato en el poblado (para lo cual agregamos los relatos de cuatro personas más).

El estudio se llevó a cabo en Hueyapan, una comunidad nahua del noreste del estado de Morelos y cercana al volcán Popocatepetl, ubicada en el municipio de Tetela del Volcán, colindante con el Estado de México y Puebla. En este lugar, como en muchos otros, los habitantes han logrado conservar prácticas, creencias, conocimientos, usos y costumbres con raíces indígenas, gracias a su capacidad para apropiarse, resistir e innovar a partir del intercambio cultural con los grupos de población que conviven en un entorno geográfico próximo, así como con diversas agencias e instituciones gubernamentales, articulando su

*Doctora en Educación. Programa Nacional de Posgrados de Calidad CONACYT-SEP, Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad Autónoma del Estado de Morelos. Jefa de proyecto adscrita a la Dirección de Indicadores Educativos del Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE), medrano.veronica@gmail.com.



vida cotidiana y comunitaria a los procesos de transformación social, económica y política de la región donde se asientan.

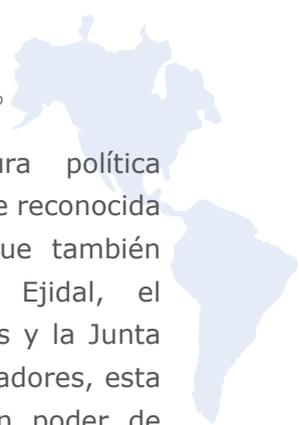
Los elementos conceptuales que sirvieron de marco para la investigación provienen del enfoque intercultural, que requiere valorar y articular las diversas perspectivas de manera positiva y creativa, de modo que la interpretación que se desarrolla a través de dicho enfoque parte de estudiar las interacciones sociales entre grupos culturalmente diversos en el contexto de los procesos de resistencia, apropiación e innovación, donde sus conocimientos y prácticas se articulan y son valorados. La premisa de este análisis supone que, aun cuando estas relaciones se presentan en un marco de dominantes-dominados no implican la sujeción completa (Bonfil, 1993 y Giménez, 2001). De modo tal que en las culturas indígenas actuales se pueden distinguir ideas, creencias y configuraciones del mundo que han sido construidas, negociadas, discriminadas o impuestas en relación con otras culturas y grupos sociales. Y, no obstante las influencias y transformaciones, logran distinguirse continuidades (Warman, 2003 y Arizpe, 2004). De este modo se entiende que la cultura se hace presente, se aprende y se conoce en la interacción con los otros y se construye de acuerdo con ciertas necesidades, intereses y experiencias que van nutriendo a los sujetos en su trayectoria personal.

El análisis que se realiza de los relatos se enfoca en las relaciones interpersonales de los interlocutores con sus familias y con las instituciones escolares, con las relaciones grupales o la perspectiva de la comunidad con respecto al asentamiento de las escuelas, en tanto se espera que éstas puedan contribuir a la mejora y el desarrollo social. Se observa también que las trayectorias escolares dan cuenta de cómo los intercambios pueden ser

tanto positivos como negativos, dependiendo de las experiencias, actitudes y disposiciones individuales. Además, dichos intercambios reflejan la confianza que depositan en las instituciones, en tanto agencias de transformación que dotan a los habitantes de herramientas y conocimientos que pueden ser capitalizados. Los relatos reflejan dos lecturas del sincretismo cultural: visto como alienación por las generaciones más viejas o visto como enriquecimiento por las generaciones más jóvenes (Albó, s/f). Sin embargo, ambas miradas se anclan en una lógica que dicta: *las escuelas representan opciones*. Desde el enfoque intercultural, se agrega: *de quienes asisten a ellas depende la mediación para convertirlas en espacios que contribuyan al fortalecimiento de la comunidad*.

1. Hueyapan, el contexto de la investigación y los primeros indicios de la educación escolarizada en la comunidad

Los elementos contextuales e históricos de Hueyapan son importantes en la medida que el enfoque requiere que la cultura sea entendida como un contexto dinámico, compuesto por estructuras de significación, que se produce y reproduce *frente a* y *en* los procesos de transformación suscitados en diversos espacios y promovidos desde diferentes ámbitos o esferas, lo cual dota de sentido a los proyectos de vida personales y al proyecto comunitario (Geertz, 1994). Por ello, describimos algunas condiciones geográficas y sociodemográficas de la comunidad, y presentamos un breve recorrido por los inicios de la educación escolarizada en el poblado desde 1870 hasta 1940. El corte temporal lo realizamos en este año debido a que a partir de la década de los cuarenta empiezan a articularse los relatos de los 14 habitantes entrevistados.



Hueyapan se encuentra dividido por cinco barrancas que sirven como límites naturales del pueblo, así como de los barrios y colonias que lo conforman. Durante décadas estas condiciones accidentadas impidieron el fácil acceso a la comunidad. Los terrenos donde se encuentra son propicios para la siembra de maíz y frijol de temporal y la producción frutícola de durazno, aguacate e higo; gran parte de los terrenos son forestales, así como de alta montaña con elevaciones que van de los 2,340 m.s.n.m. a más, predominando el clima húmedo y frío, características que evitaron que las haciendas azucareras expandieran sus dominios hasta el poblado.

Las actividades laborales de la población son la fruticultura, agricultura, ganadería y apicultura; seguidas por el turismo, el comercio, los servicios y, en menor medida, la industria (INEGI, 2005). Respecto a la fruticultura, los productores se han organizado alrededor de cooperativas integradoras de frutas, para competir de mejor manera en el mercado. Dentro del rubro industrial, uno de los oficios tradicionales y representativos de las mujeres son los talleres de telar rústico o telar de cintura, para la confección de prendas de lana, por el cual se les ha llamado *gabaneras*.

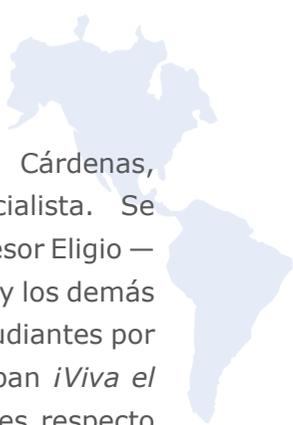
De acuerdo con las cifras oficiales, para 2005, Hueyapan estaba habitado por 6,014 personas y se identificaba como una localidad con alto grado de marginación. De la población de 15 años o más 10.4% era analfabeta y 39.6% no tenía la primaria completa, mientras que 5.5 era el promedio de los grados escolares obtenidos. En cuanto a los servicios básicos, 18.6% de los hogares no contaba con agua entubada, 6.6% no tenía drenaje o excusado en la vivienda y 3.3% no tenía acceso a energía eléctrica (Conapo, 2006). En el 2000, uno de los rubros menos atendidos era el de la salud, pues 94.7% de los habitantes no tenían derecho a ningún servicio médico.

Respecto a la estructura política existente, la autoridad oficialmente reconocida es el Ayudante municipal, aunque también se encuentra el Comisariado Ejidal, el Comisariado de Bienes Comunales y la Junta de Agua. De acuerdo con los pobladores, esta última instancia ostenta un gran poder de decisión política, debido al control que tiene sobre un recurso clave para la economía, al vigilar la cuenca alta del río Amatzinac. Sin embargo, todos los asuntos considerados como relevantes son votados en asambleas generales del pueblo.

Los primeros esfuerzos educativos sobre los que se tiene conocimiento en Hueyapan, datan de 1870, fueron impulsados por un originario del lugar que aprendió a leer y escribir con la ayuda del párroco del pueblo (Zamarrón, 2000). Debido a las condiciones geográficas de la región, la poca presencia de las autoridades y una incipiente influencia de las haciendas en el pueblo, se entiende que el interés por la educación fuera impulsado por los mismos pobladores y los grupos religiosos asentados en la comunidad, los cuales se centraron en la enseñanza de los conocimientos básicos: lectura, escritura y aritmética.

Esto refleja la situación que atravesaba la educación en todo el país. Pues las operaciones básicas y la enseñanza del español serían, hasta alrededor de 1900, los únicos conocimientos transmitidos entre los habitantes, ya que fue durante el porfiriato que se empezó a impulsar la creación de escuelas, desde párvulos hasta las de educación superior, regidas por normas que sustentaran un sistema educativo homogéneo (Padilla, 2007).

El principal legado del porfiriato sería el impulso de la Ley de Instrucción Rudimentaria, no obstante que en ella se rechazaron las resoluciones desarrolladas en el Primer Congreso Indianista celebrado en 1910. Sin embargo, dicha ley sería opacada por Alberto



Pani, Subsecretario de Instrucción del gobierno maderista, que mediante una encuesta sobre educación popular logró cuestionar los derechos de todos los mexicanos a la educación y sobre aquélla que debería impartirse a los indígenas. A pesar de los estudios desarrollados por los indianistas, el criterio que primaba era que “[...] las culturas indígenas no sólo carecían de valor sino que eran perjudiciales y por lo tanto deberían ser destruidas en aras de la unidad y el progreso nacional” (Loyo, 2006: 364).

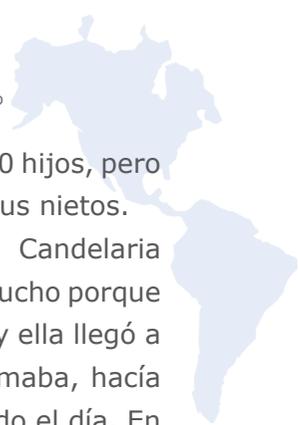
Como reflejo de estas ideas, a principios de la década de 1900 empiezan a llegar a Hueyapan maestros de otras comunidades. Esto sucedió en el marco en el cual Justo Sierra, como Secretario de Instrucción Pública, apoyaba la idea de que la integración del país requería cambiar la mentalidad del indígena a través de la escuela (Loyo, 2006). Para 1919 los habitantes decidieron tomar en sus manos la organización de las instituciones escolares, quedando a cargo el profesor Eligio Pérez, a quien se le pagaban cincuenta centavos por día (Friedlander, 1977). Paradójicamente, el pueblo se encargaba además de la educación, de la aplicación de las políticas integracionistas dictadas desde la Secretaría.

De acuerdo con Friedlander (1977), para la década de 1930 la escuela primaria de Hueyapan era de organización completa, sin embargo, varios de los interlocutores que asistieron a ella tanto a finales de los años cuarenta como a principios de los sesentas, señalaban que las escuelas de sus barrios llegaban hasta cuarto grado de primaria y que los que querían continuar sus estudios se tenían que desplazar a la cabecera municipal o a Cuautla, la ciudad más cercana. En el mejor de los casos, indicaban que las escuelas eran multigrado. Ante esto es probable que la escuela referida haya funcionado durante algunos años con organización completa y posteriormente perdió algunos grados debido a conflictos

ocurridos durante el periodo de Cárdenas, al impulsarse la educación socialista. Se menciona, por ejemplo, que el profesor Eligio — en ese entonces ya como director— y los demás profesores hacían desfilar a los estudiantes por el pueblo y en cada esquina gritaban *¡Viva el socialismo!*, esto y algunos rumores respecto a la enseñanza socialista, importunaron a los padres de familia provocando que cerraran la escuela, la cual no abrió sino dos años más tarde (Friedlander, 1977).

De 1932 datan algunos reportes elaborados por alumnos de la Normal de Oaxtepec que visitaron Hueyapan en una expedición con fines formativos. En estos reportes los normalistas mencionan la pobreza, el alcoholismo y el uso de la lengua indígena como aspectos asociados con el atraso y la ignorancia de los pueblos, señalándolos como algunos de los problemas que debían ser enfrentados y transformados desde la escuela rural (Martínez, 2006). Las apreciaciones de los estudiantes mostraban sus prejuicios respecto a la *naturaleza* indígena y se adecuaban al marco discursivo político, cultural y social que dictaba el currículo escolar en una época de arraigadas ideas asimilacionistas.

El clima político empezó a calmarse con el fin del periodo cardenista. En la década de los cuarenta llegaron los primeros maestros foráneos que sólo hablaban español y no permitieron que los estudiantes utilizar su lengua materna; aunque también existían misiones culturales a cargo de los mismos habitantes. A partir de esta época se encuentran rastros de una educación basada en el ideal integracionista, posibilitada por docentes que se ocupaban de vigilar, dentro y fuera de las aulas, los preceptos políticos acerca de lo indígena, relegando a los espacios cotidianos íntimos las manifestaciones culturales originarias.



A la educación impartida durante el periodo de 1940 a 1958 se le caracterizó por consolidar el proyecto de unidad nacional que comenzó en la era del presidente Cárdenas. Este periodo se distingue por la industrialización del país y el incremento progresivo de la población urbana. De ahí que el impulso educativo estuviera dirigido a este sector de la población, dejando de lado la atención a la educación rural, indígena y urbano marginal (Olivera, 2007). El aislamiento geográfico de Hueyapan y la ocupación de los pobladores, principalmente campesinos, contribuiría a dejarlos fuera de dicho proyecto nacional. Es en este contexto donde se enlazan las trayectorias escolares de los habitantes entrevistados y el recorrido, de ahora en adelante, se construye a partir de su memoria.

2. Las herramientas básicas y la educación primaria

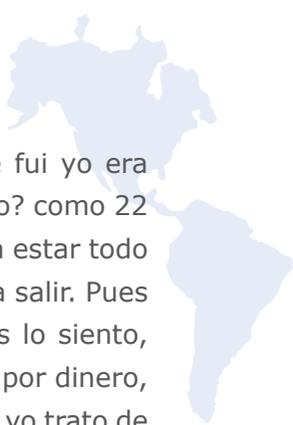
Los procesos de apropiación individuales y colectivos del proyecto educativo nacional y sus transformaciones al paso del tiempo, se presentan a continuación mediante la reconstrucción de las historias de vida de los habitantes de Hueyapan. Cambiando el lugar desde donde se enuncia a la escolaridad, las perspectivas cambian y permiten arribar a distintas comprensiones acerca del impacto en la vida cotidiana de las instituciones educativas.

Doña Candelaria nació en Hueyapan en 1933, como muchas de las personas de su generación, no asistió a la escuela. Es *pochteca*, es decir, vendedora ambulante y como nunca fue a la escuela dice que no sabe *nada, nada, nada*; un tiempo aprendió algo con una señora de su barrio: “[...] que a leer así nada más apenas para saber que el carro va a Cuautla y que el otro va a Yecapixtla y que el otro va a Hueyapan.” Tiene más de 30 años vendiendo en el camino que va al balneario de

Agua Hedionda, en Cuautla. Tuvo 10 hijos, pero también se hizo cargo de uno de sus nietos.

Cuando se casó, doña Candelaria recuerda que su suegra la quería mucho porque en su familia eran puros hombres y ella llegó a ayudarle en la cocina, donde tatemaba, hacía tortillas, la comida y ahí estaba todo el día. En cambio, su esposo “no entendía las cosas”, se iba al campo; no le ayudó a mandar a sus hijos a la escuela, por eso ella aprendió a vender, para darles al menos la primaria. Sacaba dinero vendiendo chirimoyas, granadas, aguacates, chayotes o panes; con lo que ganaba compraba cuadernos y lapiceros. Está orgullosa porque a su nieto logró darle la secundaria, pero reconoce que le costó mucho trabajo, ya que en ese tiempo empezaron a construir la barda de la escuela y les pedían cooperaciones. Como no tenía dinero platicaba con su nieto para que mejor dejara la escuela pero él le contestaba: “Ah mamá, es que las muchachas van a decir: mira ¿para eso entraste para dejarla?, me va a dar vergüenza no terminarla.” Así la convenció, hizo como pudo y lograron sacar la secundaria. Sin embargo, al terminar la secundaria su nieto se fue a la ciudad de México a trabajar con dos de sus tíos como peón de albañil.

La vida de doña Candelaria como *pochteca* está profundamente enlazada con las posibilidades y el deseo de darles escuela a sus hijos y nietos, de hacer frente a las dificultades económicas en el seno de una familia campesina, más allá de las responsabilidades domésticas, de su papel de esposa y nuera que había adquirido. Su falta de preparación escolar, a no ser por las operaciones básicas, no fue obstáculo para su empeño, que la llevó a aprender a vender, a salir de su pueblo y encontrar en esta actividad la posibilidad de autonomía. Estas acciones muestran el valor que la escolaridad tiene para ella, pues su actividad laboral tiene sus orígenes, no como complemento del gasto familiar sino como inversión en la educación de sus hijos.



Doña Elvira nació en 1944, es una activa promotora de la lengua náhuatl y la cultura de Hueyapan. Aunque participó en las misiones culturales como ayudante no logró tener estudios profesionales porque sus padres no tenían dinero para mandarla a la escuela y tampoco permitían que sus hijas —sólo eran dos— salieran de Hueyapan. Cuenta que de adolescente ayudaba mucho en la escuela de su barrio, donde el profesor era su novio. Esto resultaba difícil porque, como recuerda, tenía otro novio de Tetela que iba a buscarla a la salida. Ella aprovechaba que el profesor se ocupaba de quitar la bandera del asta, para ver al otro en la esquina donde la esperaba, así fue hasta que unos estudiantes la descubrieron y corrieron a contarle al profesor que allá estaba ella platicando con un muchacho. Cuenta, que aunque era muy guapo su novio de Tetela, decidió dejarlo pues su novio de Hueyapan, el profesor, le pidió que decidiera y dejara de andar con los dos. Ella lo eligió a él. Sin embargo, después de un largo noviazgo no se casaron.

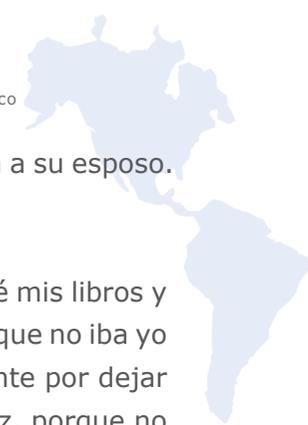
Su novio y la familia de su novio muchas veces trataron de animarla a que se preparara como profesora, pero en su casa no la dejaban. Perdió muchas oportunidades, tanto para salir a trabajar como para estudiar, contrario de lo ocurrido con dos de sus amigas que sí fueron a la normal. Recuerda cómo lloraba cuando se iban a estudiar mientras ella tenía que quedarse en el pueblo.

Sin embargo, su conocimiento del náhuatl la llevaría, en 1966, a colaborar con antropólogos y lingüistas. Su primer viaje a Estados Unidos fue para realizar una estancia en la Universidad de Harvard; esta experiencia se repetiría en 1971, pero esta vez en la Universidad de Indiana donde participó en la creación de un diccionario de náhuatl. Ante la oportunidad de viajar a Estados Unidos, no permitió que sus padres le impidieran irse:

Pues es que cuando yo me fui yo era ya más grande ¿qué tenía yo? como 22 años y dije: no pues si voy a estar todo aceptando pues nunca voy a salir. Pues le dije a mi mamá, no pues lo siento, esta vez sí me voy y no voy por dinero, porque algo me dijo de que: yo trato de darte lo que necesites. Y contesté: sí, y te lo agradezco mucho pero me voy por conocer. Y sí, pobre de mi madre la dejé muy triste y sobre todo imagínate irse a Estados Unidos un país que: no hija cómo si no conocemos a la gente. No pero aquí traen sus referencias, viene de la universidad, y todo y a través de esas cosas es como la convencí (doña Elvira).

En 1966 las posibilidades de acceso al poblado de Hueyapan eran muy difíciles, el correo era tardado y no había teléfonos. Salir de Hueyapan significaba dejar la seguridad de la familia, del pueblo y enfrentarse a un mundo completamente distinto en el cual los *peligros* para una joven mujer eran muchos:

Recuerdo que la primera carta que le mandé llegó a los dos meses, tardó mucho y todo pasa. Había un maestro amigo que hasta la vez no entiendo por qué en vez de ayudarla trató de perjudicarla, porque en ese tiempo estaba muy de moda lo de las *poquianchis* y viene él y le dice: ¿pero cómo dejó ir a su hija para allá, no sabe usted que está pasando esto y aquello eh? Pobre de mi madre, cómo la puso. ¡Ay! a veces me da coraje, ¡en qué cabeza cabe! ¿Lo hizo por envidia, por resentimiento?, no entiendo (doña Elvira).



No sólo su familia se preocupaba, como señala doña Elvira: “toda la gente dudaba de las personas”. A partir de sus primeras experiencias colaboró con el Instituto Nacional Indigenista — ahora Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, CDI— y con el Instituto Lingüístico del Verano. A un año de construido el Centro Regional Universitarios de Tetela del Volcán (CRUT), de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM), fue a ofrecer sus servicios como profesora de náhuatl; si bien abrieron un espacio para ella y formó un grupo de estudiantes, sólo recibe un sueldo simbólico. Este trabajo lo complementa con la elaboración de artesanías y la atención de un negocio ubicado en su propia casa en el cual vende ropa, sombreros, cinturones, carpetas tejidas, servilletas bordadas y recuerditos. Lamenta que ninguno de sus hijos, aunque tuvieron oportunidad, quisieron estudiar una profesión, cuando para ella el asistir a la escuela fue uno de sus más grandes anhelos, que se vio desarrollado, aunque no suplido, a través de las actividades en que decidió participar, incluso confrontando los deseos de sus padres.

Doña Uvalda nació en 1950, es madre de nueve hijos. Artesana y vendedora de flores, mientras vivió su mamá y como hija única siempre se vio rodeada de atenciones y cuidados. Asistió hasta quinto año a la escuela y nunca se dio cuenta de cómo fue que aprendió a hablar español. Es una persona sumamente interesada en aprender cosas nuevas, es receptiva y abierta a los cambios. Cuando se enteró, en el 2005, que se iba a instalar en la comunidad un bachillerato, se acercó con los profesores para pedirles permiso de asistir a clases. Ellos la recibieron. Muestra un gran amor por aprender. Al quedar huérfana desde niña y al cuidado de su padrastro, no tuvo ningún apoyo para continuar sus estudios. La obligaron a casarse a los trece años. La sacaron

de la escuela, casi para entregarla a su esposo. Ella recuerda:

El día que me despedí, dejé mis libros y lloré mucho porque sentía que no iba yo a volver. Lloré, lloré bastante por dejar algo. Fui y regresé otra vez, porque no lo creía, y lo único que tengo de esa época es la boleta de calificaciones, nueves y dieces. Me dijo la profesora que iba a necesitar mis libros y me dio tanta tristeza que decía “nooo, nooo que me los devuelvan”; lloré mucho jajajaja y sí, me los devolvió, le digo lloré mucho. Lloré mucho de que no me diera la boleta, lloré mucho de que no me acepten en la escuela. Hoy ya no, ya me siento bien, ya me hablan, ya no me importa, lo que más me importa es saber (doña Uvalda).

A pesar de que su esposo e hijos mayores llegaron a cuestionarla y sus vecinos le hicieron bromas por su decisión de asistir como oyente a las clases del bachillerato se mantuvo firme, hasta que otras circunstancias la llevaron a abandonar la escuela. Asistir al bachillerato le representó un gran sacrificio, principalmente por todas las actividades cotidianas a su cargo. Lamenta no haber tenido la oportunidad cuando era niña y no haberles podido ofrecer la oportunidad a sus hijos mayores.

Hoy me decía que no, que digan lo que digan, mi esposo me decía que no vaya, otras personas decían. ¿Por qué no voy a ir si yo lo amo, si yo lo quiero? Yo me siento, me siento bien. Les digo a aquéllos, para mi ellos son unos niños [sus compañeros]. Me siento bien, es un amor que traigo. Me decía mi esposo: “no ¿cómo vas a ir?” Pero pues es algo que yo lo amo



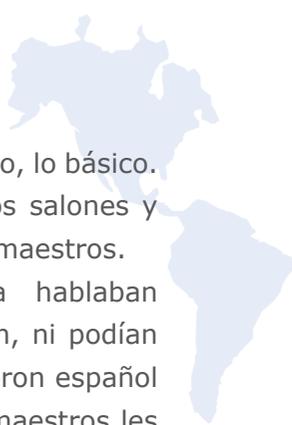
y lo quiero, no pienso perder. Él me dejó una vez más de 15 días, andaba tomado, y pues en las tardes hacía yo mis cosas y les costaba, tengo unas vaquitas, les juntaba, les arrimaba, tengo mis gallinas tengo un montón de trabajo pues. De la noche, me tocaba regar, pues de noche regaba. Y no, no sentía sueño. No sé qué me pasa. Mi hijo Pascual me decía que lea y a veces lo mandan en la escuela que lo lea algún libro, pero no se qué poquito de unas líneas y ya estoy roncando, me dormía jajaja. Y decía: “¿qué es lo que pasa?” Me decía: “mamá te voy a leer”. Le digo: “léame”, me dice: “te vas a dormir” (doña Uvalda).

Enfrenta los mismos problemas que los jóvenes cuando una asignatura no es de su agrado, pues como dice: “Dos veces me pasó así con el profe de historia, sentía ese sueño. Sí, estaba un poco desvelada por regar en la noche, pero no es por eso.” Sus compañeros de salón la tratan bien y comenta que son unos niños, que no saben nada de la vida. Ella los aconseja, “que es bueno aprender, que aprovechen la oportunidad”. Por cuestiones económicas a veces se ha tenido que ausentar de la escuela. Al finalizar esta investigación ya había dejado de asistir. No sólo le costaba mucho trabajo aprender, seguir el ritmo y a la vez trabajar:

Ahora que ya crecieron mis hijos dicen: “no pues ¿para qué vas a estudiar, para qué?”, hoy comienza mi vida, tengo que pensar en algo; el dinero de todos modos, yo sé trabajar, sé hacer gabanes, sé cómo se lava el [...] sé sembrar, sé todo, yo sé todo; entonces, el dinero sí es importante pero más es la felicidad, la felicidad no iguala nada (doña Uvalda).

La situación que vivió doña Uvalda, al integrarse al bachillerato, sirve para apreciar con fuerza el significado y el sentido que puede llegar a tener el acceso a la educación media superior en el poblado. Pone de manifiesto al “saber” como una forma de riqueza y de felicidad. La educación ligada a estos conceptos dista de verse sólo como un medio para la consecución de, por ejemplo, un trabajo bien remunerado. Para doña Uvalda, asistir a la escuela es “un amor que se trae” porque permite obtener el acceso a nuevos mundos, “nuevas vidas” que han sido negadas para muchos: para sus hijos, para ella. Por eso convoca a los otros a aprovechar la oportunidad que se les presenta. La educación representa la posibilidad de llegar a *conocer* y desarrollar su *ser*. Sobre sus hijos, cuenta:

Algunos sí tuvieron [interés por estudiar] y pues, la verdad, es que no me enfrenté a la vida por ignorancia. Uno de mis hijos que sí podía, por un pobre lápiz que el vecino no me dio para un lápiz; otro mi’jo mejor trabajó por no tener nada; otra mi’ja pues también esta ahorita al otro lado y sus hijas sí están en lugares [escuelas]; ella [su hija] cargando al niño íbamos al campo y agarraba un palito y decía: “¿este cómo se llama?” [toma un popote y lo dobla en cuatro partes y hace una figura de la “m”]. Es la “eme”. Entonces no fue por falta de lápiz, aunque sea una ramita, en el suelo dibujábamos. Así me iba, un día que pagamos según, era mucho dinero en ese tiempo, para enseñar a nuestros hijos inglés, se apuntó uno de mis hijos pero no vino, vino mi hija; ese día todo se lo aprendió y era chiquilla ella, es la que está al otro lado [en Estados Unidos]. Entonces, pues siempre he estado preocupada por



darle estudios a mis hijos pero nunca me enfrenté (doña Uvalda).

El carácter de doña Uvalda refleja de forma interesante su disponibilidad por aprender cosas nuevas, por participar, estos elementos hacen comprensible el hecho de que el aprendizaje del español para ella no haya sido una imposición, sino que lo relata natural y dice, incluso, no recordar cómo sucedió, no asociar ningún evento favorable o desfavorable respecto al aprendizaje de otro idioma.

De la misma generación de doña Uvalda es doña Juanita, dedicada al hogar. Recuerda que su abuelita se negaba a mandarla a la escuela; como antes ellos no tenían estudios decían: “¿para qué vas?, no va a servir de nada. Se trabaja para que comas, ¿qué te comes tus libros?, vas a comer libros”. A pesar de todo, estudió hasta tercero de primaria en la escuela 20 de Noviembre del barrio de San Felipe.

Para impedir que asistiera a la escuela, su abuelita trataba de ocuparla en otras labores, le decía: “vas a dejar hecho las tortillas, vas a traer agua. Y en aquella época era martajar, nada de molino y si quieres, si no, no”. Para poder adelantar todas estas tareas, ponía la masa en la noche, temprano hacía las tortillas, después agarraba su cántaro y se iba a la barranca a traer agua, dos viajes de agua. Y córrele: “Siempre se me hacía tarde. Así me iba a la escuela, sin almorzar, sin un centavo, pero nada. Pues me crié sin papá. Mi mamá me dejó chiquita.”

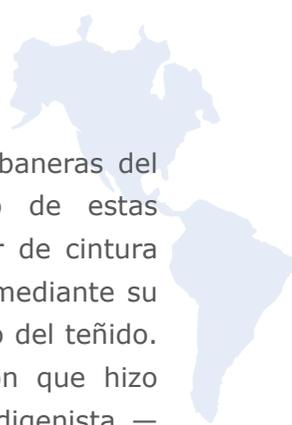
Doña Juanita tuvo tres hermanos, su mamá fue madre soltera. Ahora con los niños es diferente: “Ya les dan su dinero y nada de que hagan algo en el trabajo, ellos puro estudio. Yo estudié 8, 9 y 10 años, 11 años y ya no regresé.” Recuerda que algunos de sus compañeros lloraban porque no querían estar en la escuela, pero ella no, ella sí quería asistir

y valió la pena porque aprendió algo, lo básico. En su escuela nada más había dos salones y ahí estaban todos, sólo había dos maestros.

Señala que en su casa hablaban náhuatl, el español no lo hablaban, ni podían hablarlo, así los criaron y aprendieron español ya de grandes. En la escuela los maestros les enseñaban en español y aunque los profesores sí sabían náhuatl no lo hablaban en las clases. Para ella era muy difícil tener que aprender en español: “es como si ahora les quisieran enseñar en náhuatl a los niños”, sin embargo, piensa que “aunque sea poquito” le gustaría que les enseñaran de nuevo a los niños, para que sepan de los dos “como el inglés y el español”. Además cree que “al gobierno eso le gusta” y por eso ahora en las escuelas les están enseñando a cantar y a saludar en náhuatl. Su percepción no es equivocada, ya que, en efecto, la CDI en su modo de operar respecto a la responsabilidad institucional que tiene en la atención de los derechos indígenas, los asume como “sujetos de interés público” (Bertely 2009: 182).

Doña Juanita relata la transformación de un estilo de vida en el que las actividades y los conocimientos cotidianos, y sus responsabilidades, quedaban resignificadas frente a los conocimientos y habilidades que la escolarización le ofrecía. Una de sus profesoras fue, precisamente, doña Elvira, y en ello puede radicar que su experiencia escolarizada, aunque difícil debido a la obligatoriedad del uso del español, haya sido valorada como importante, pues aprendió de profesores de su comunidad, quienes conocían, compartían y valoraban su cultura; lo cual contribuyó a que se esforzara a cumplir tanto con las tareas del hogar como con las escolares, esfuerzo que se tradujo, específicamente, en el aprendizaje de las operaciones básicas.

Irma es gabanera y artesana, tiene tres hijas y estudió hasta tercer año de primaria a



mediados de los setentas. No tuvo papá, su mamá la dejó muy pequeña encargada con sus abuelos. Ellos fueron quienes se empeñaron en mandarla a la escuela, aunque siempre dudaron de que sirviera para algo. A Irma le gustó mucho, nunca reprobó y aunque dice que no conoce demasiado, ahí aprendió a leer y escribir y eso sí le sirve. De niña nunca tenía dinero, igual que sus otros amigos; a la escuela iban descalzos y no tenían uniforme, pero no lo veían mal pues todos estaban igual y se entretenían con cualquier cosa, las canicas, la matatena.

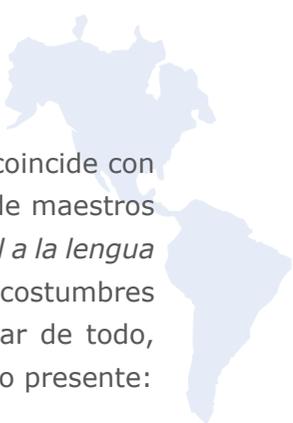
Mi abuelita nos daba de almorzar temprano, nos decía: “váyanse”. En aquel entonces, a hoy les platico a mis hijas, nosotros entrábamos a las siete de la mañana y salíamos a las dos o dos y media; teníamos más horas para hacer el trabajo de la escuela. Que sí, cuando llegábamos en la tarde que estábamos más grandecitas sí, ya nos mandaban a traer agua, pero yo que me acuerde, mientras yo fui a la escuela no. No, porque nunca me dijeron mis abuelos que no entrara a la escuela. Que nos íbamos descalzos, sin dinero, era lo único que yo puedo decir, porque de ahí sí sufrimos y no lo veíamos mal porque a todos los niños les preguntábamos: “¿A ti te dieron dinero? —No, no me dieron”. Y nos poníamos a jugar a las canicas con los niños, a la matatena, nos poníamos a jugar con cualquier cosa, pero nunca nos pusimos a pensar, como yo ahora con mi hija que le tengo que dar sus 10 o 15 pesos, pero a nosotros no nos caía de raro, no había dinero (Irma).

Además de los grados cursados en la primaria, Irma se ha mantenido constantemente

activa dentro de un grupo de gabaneras del poblado, promoviendo el tejido de estas prendas mediante el uso de telar de cintura pero incluyendo nuevas técnicas mediante su asistencia a cursos para el manejo del teñido. Dichos cursos son una aportación que hizo el entonces Instituto Nacional Indigenista —ahora CDI—, que era la agencia que contrataba a una maestra para enseñarles las técnicas de extracción de los tintes y la recolección de las plantas a partir de las cuales se producen. Con su labor, Irma se asegura de preservar las técnicas de tejido introduciendo desde temprana edad a sus hijas y vecinas, para esto organizan clases en donde dotan de material a las pequeñas y las guían en la elaboración de diseños que gradualmente tienen mayor complejidad, hasta llegar al *chincuete* —la falda de lana—y a la faja con que la sostienen.

Aunque Irma reconoce que la escuela sirvió para ofrecerle las herramientas necesarias de lectura, escritura y matemáticas que le ayudan en la comercialización de sus productos, es importante señalar y reflexionar en todos aquellos conocimientos no escolarizados adquiridos y reforzados en los procesos para la elaboración de sus artesanías. Son conocimientos sin duda organizados que responden a su labor inmediata y que, probablemente, en un contexto escolarizado más bien aparecerían con un sinsentido en los currículos de biología, química y matemáticas.

Don Raúl es campesino y fruticultor, se dedica a la producción de durazno en planta y fruto, además de sembrar maíz en menor cantidad. Vive en un terreno vecindado con sus hermanos, herencia de sus abuelos. Estudió hasta tercer año de primaria. Decidió dejar la escuela porque le daba mucho miedo platicar con su maestra, nunca sabía cómo contestarle y, además, “no la conocía”. Sus recuerdos escolares lo remiten a su falta de dinero. Cuenta que a la salida de clases, sobre todo



los viernes cuando había plaza, se le antojaba mucho lo que sus compañeros se compraban y que él no podía obtener; todo eso hizo que él decidiera dejar la escuela en la década de los setentas. A pesar de todo, menciona que lo que aprendió le sirve para lo que se dedica.

Comenta con orgullo que su hijo mayor sí terminó la secundaria, aunque sus hijas no quisieron seguir por decisión propia. Igual su hijo menor quien, señala, en vez de irse a la escuela se iba a otros lados a jugar o a pasar el tiempo hasta que diera la hora de regresar a su casa. Por eso mejor habló con él y entre los dos decidieron que era mejor que no continuara sus estudios y que se pusiera a trabajar ayudándole en sus labores del campo. Su trabajo es difícil, el durazno nada más se cosecha una vez al año y, por ejemplo, si llega a ganar con su producción alrededor de 5 mil pesos, eso es insuficiente para vivir. Por eso siembra maíz, para de ahí ir comiendo. Su trabajo también los lleva a recorrer los municipios cercanos, ya sea en Puebla o en Morelos; a organizarse en las cooperativas de integradoras de frutas y explorar con su camioneta cargada de fruta y pequeñas plantas de durazno hacia municipios más lejanos, donde logre obtener mayores beneficios.

Estos primeros cinco relatos muestran las experiencias escolares de las generaciones con acceso a los primeros grados de la educación primaria, que dejan al descubierto ciertos conflictos que se produjeron al interior de las familias respecto a la asistencia escolar, así como frente a las ocupaciones del hogar. Si bien todos reconocen la importancia de los conocimientos básicos promovidos por la escuela, no sucede lo mismo con los procesos escolares que tienen lugar en ellas. No todas las experiencias son negativas, hay quienes añoran sus escuelas y, coincidentemente, todos impulsan la participación de sus hijos y sus nietos en la institución escolar. El contexto de

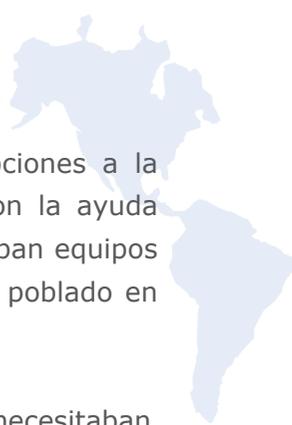
estas cinco trayectorias escolares coincide con la llegada a Hueyapan de grupos de maestros que se dedicaron a *dar el golpe final a la lengua náhuatl*, junto con tradiciones y costumbres comunitarias. Sin embargo, a pesar de todo, la resistencia en los hogares se hizo presente:

¿Por qué aquí se arraigaron mucho? y a pesar de todo ello. A pesar de castigos la gente adentro de sus casas hablaba náhuatl pero en la calle hablaban español. Entonces, si veían al maestro tenían que hablar en español pero a sus hijos les hablaban en náhuatl, de alguna manera pues no funcionó así en 100 por ciento el trabajo de los maestros “civilizadores”. Ahí quedó (Marcelino).

Un elemento constante son las trayectorias escolares truncas, la falta de oportunidades, así como la negociación y la valoración familiar de las actividades cotidianas y laborales, frente al tiempo y costo que significó la asistencia regular a la escuela, aunado a la ambigüedad de los beneficios que dicha institución podrían acarrear, en el largo plazo, para los estudiantes.

3. La llegada de la escuela secundaria técnica¹

A principios de los años ochenta se integró un patronato formado por padres de familia que promovieron la creación de una secundaria en la comunidad. En sus inicios, la secundaria fue alojada en la Ayudantía Municipal de Hueyapan, donde se utilizaba la planta baja como salones; además de ocuparse una casa cercana a ella. La dirección estaba en la oficina del Ayudante, aunque esto acarrea algunos problemas, porque había ocasiones en que sacaban al director para tratar asuntos, de los que decía, “no tenían porque enterarse”. Para satisfacer



la demanda de espacio, también habilitaron un salón en las oficinas del Comisariado Ejidal.

Al patronato creado, pronto se sumó el esfuerzo del director de la secundaria. En este proceso, los maestros tenían que cumplir con la práctica educativa en sus aulas, mientras que el director se involucraba en la construcción del edificio, ostentando un papel de gestor. Esto es, ayudaba a visitar a las familias, ir a la SEP y convencer a las autoridades. En esa época, cuenta el profesor Adán, fundador de la escuela:

Éramos 15 profesores. Iniciamos labores en 1983 y para 1985 u 86 nos cambiamos para acá. Se tardaron 2 años en la construcción y todavía no estaba terminada cuando nos pasamos. Eran galerones que no tenían divisiones sino que eran así largos. Me acuerdo que hacía mucho aire y que teníamos que sostener el pizarrón, los alumnos se ponían a sostenerlos porque se volaban.

Gracias al trabajo conjunto de padres de familia, director y autoridades, la primera generación de la secundaria logró egresar de sus propias instalaciones. Los dos primeros años de labores, debido a la falta de transporte público, los profesores tenían que caminar desde Tetela del Volcán hasta Hueyapan, se tardaban entre una hora y media, una hora con quince y, lo menos, cuarenta y cinco minutos. Seguían una brecha en el bosque, por la cual bajaban a la barranca para cruzarla y llegar a la comunidad.

En planeación educativa hacen un estudio y por sus características decidieron que iba a ser una secundaria técnica. Empezaron con la conservación de alimentos y la agricultura, esas dos tenían (prof. Adán).

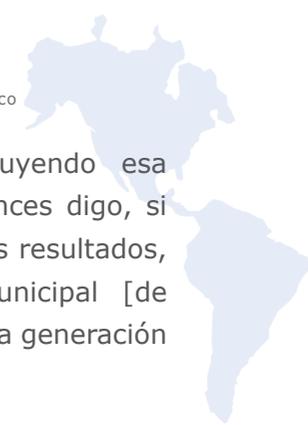
En los primeros años, las inscripciones a la secundaria se llevaban a cabo con la ayuda de los profesores, quienes integraban equipos y se organizaban para recorrer el poblado en busca de alumnos:

Muchos padres decían que necesitaban que sus hijos cuidaran el campo, que a los animales, que quién iba a heredar entonces sus pertenencias, eso les preocupaba y por eso no los querían mandar a la secundaria. Ahora las cosas han cambiado, ya los alumnos llegan solos y es que muchos de los alumnos de hace 20 años son padres de familia ahora y ha cambiado su forma de pensar. Además de que de unos años para acá las becas Oportunidades hacen que los padres se interesen en mandar a sus hijos a la escuela y que no falten (profesor Adán).

Los problemas de escasa población estudiantil terminaron en el 2000. Algunas de las razones, a decir de los profesores, fueron que los padres de familia adquirieron mayor conciencia de la importancia de la escuela, así como las becas Oportunidades. Ahora sus padres les dicen: "tienes que ir hijo", aunque muchos de los adolescentes no estén interesados, lo cual hace que "[...] a los maestros nos toca ponerle mucho empeño para motivarlos (prof. César)".

A pesar de que la escuela secundaria en sus inicios no tenía mucha demanda, las aulas nunca han sido suficientes. A la fecha están en proceso de construcción dos aulas más, porque hay un grupo en el laboratorio y otro en la biblioteca, pues el número de grupos se incrementó a doce.

Es probable, de acuerdo con lo que comentan los profesores, que lo que facilitó la creación de la secundaria técnica en Hueyapan



fue la existencia de un periodo en el que se impulsaba el establecimiento de estas escuelas en comunidades donde la gente estaba involucrada en el campo, sin embargo, dicen, pasaron por alto otro rasgo de la comunidad muy importante, pues la escuela no promueve la cultura indígena. Los profesores Adán y César, señalan: “no se valora lo que tienen”.

Durante algún tiempo, y no obstante que la escuela ya tenía algunos años operando, los padres de familia preferían mandar a sus hijos a estudiar a Tetela del Volcán porque existía una gran desconfianza en la secundaria técnica y preferían una escuela con mayor antigüedad. La experiencia de alguien que sí se quedó en Hueyapan fue la del ingeniero Mario.

Mario estudió la primaria en la escuela Carlos A. Carrillo, a finales de los años setentas. Sus padres y abuelos fueron campesinos; su papá estudió hasta tercero de primaria y su mamá hasta segundo año; su abuelo sabía leer pero su abuela no. A pesar de eso, fue su abuela quien les inculcó a él y a sus once hermanos una rutina que consistía en levantarse, tender la cama, barrer el patio, asearse, desayunar y salir a la escuela. Por supuesto:

Ella no sabía lo que era la tarea, no sabía lo que era leer, pero al regresar de la escuela lo primero que nos pedía era ¿ya hicieron la tarea? —No, pues que no. Pues entonces, hagan la tarea (Mario).

Mario, quien fuera electo en 2006 como presidente municipal de Tetela del Volcán, egresó de la primera generación de la secundaria técnica de Hueyapan. Recuerda que la gente del pueblo decía refiriéndose a la secundaria:

¿Para qué están construyendo esa escuela si no sirve? Entonces digo, si no sirve, pues están ya los resultados, el primer presidente municipal [de Hueyapan] es de la primera generación de la secundaria (Mario).

Si bien contaban ya con la secundaria en el poblado, a principios de los años ochenta Hueyapan todavía no contaba con transporte público que lo conectara con la cabecera municipal de Tetela del Volcán. Esta era una dificultad práctica para los jóvenes que trataban de estudiar el bachillerato. A ello había que agregar una situación económica precaria entre las familias, que impedía que sus hijos salieran a estudiar al bachillerato más cercano:

Estudí un mes en Tetela, en el CBTA. Inclusive muchas veces tenía yo que valorar, en irme caminando desde el CBTA hasta Hueyapan, hasta San Andrés casi a la salida o bueno, irme caminando por comerme una torta o no comerme la torta o el sándwich e irme en el transporte público ¿no? (Mario).

Por supuesto, la existencia de un bachillerato agropecuario en Tetela del Volcán reducía en mucho las posibilidades de elección de quienes se interesaban en seguir sus estudios. Para ampliar su horizonte de elección debían salir a estudiar a Cuautla o a lugares más retirados, como México. Así lo hizo Mario, estudió en el CCH Sur y, posteriormente, en la UNAM. Sus hermanos tuvieron trayectorias parecidas, con excepción del mayor de ellos que aceptó quedarse encargado, junto con sus padres, de las labores en el campo y en el rancho.

Somos once hermanos de los cuales nueve, pues unos están terminando la profesión, otros ya son profesionistas,



otro de ellos terminó la prepa. [De] los dos que no hicieron carrera, uno de ellos decidió, como mi papá tenía ganado, y bueno, se dedica a lo que es la ganadería y agricultura. Entonces él tiene tierras, él pues decide sacrificarse para de alguna forma atender aquí a mis padres. [...] gracias a Dios la mayor parte de nosotros sí obtuvo una profesión y la mayor parte de nosotros estudiamos la primaria y secundaria aquí en Hueyapan, a excepción de dos de mis hermanas que estudiaron la primaria y bueno toda su formación ha sido en el Distrito Federal [...] tuvieron que irse a un internado y pues ahí ellas crecieron y ya están haciendo su formación profesional. Una de ellas ya terminó la carrera, es ingeniero industrial y la otra está por terminar la carrera en ingeniería mecatrónica, pero es la más pequeña digamos. Una de mis hermanas es monja y otro de mis hermanos está estudiando para sacerdote (Mario).

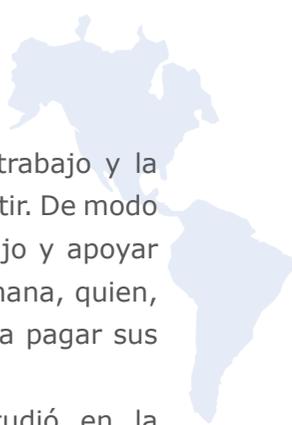
Las representaciones sociales sobre la calidad de las instituciones escolares del poblado han sido determinantes. La consolidación de la secundaria en el transcurso del tiempo se refleja en el incremento de la matrícula, la infraestructura del plantel y el uso de sus espacios para brindar cursos abiertos a la comunidad promovidos, por ejemplo, por el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícolas y Pecuarias (INIFAP) o la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SAGARPA).

4. El impulso del bachillerato² y la confianza en los jóvenes

Después de la llegada del nivel de educación secundaria, tuvieron que pasar más de 20 años para que en Hueyapan se instalara un bachillerato. Hasta el 2004, los jóvenes que querían continuar sus estudios tenían que trasladarse forzosamente a la cabecera de su municipio o más lejos aún.

El ex Ayudante Municipal de Hueyapan, el señor Noceda, está orgulloso de todo lo que logró en su gestión. Destaca dos actividades, primero, la reforestación de los bosques dañados por los talamontes y, segundo, la obra más importante de sus negociaciones, la ampliación de la ayudantía municipal, que esperaba “pegara” como propuesta entre la población, pues involucraba la apertura de, algo que se había venido tramitando desde hacía ocho años, una escuela preparatoria.

A los dos meses que llego aquí, nos llega un oficio donde de Cuernavaca hay una posibilidad “allá rifaron de estas escuelas y una se va para Hueyapan”. Entonces llega el licenciado Felipe Sedano y dice: “Está dado para Hueyapan, bueno, tú dices ¿lo tomas o lo dejas?” Y pues, ahora sí “¿qué se necesita? Terreno no tenemos”. Dice: “No, aquí vamos a ver las escuelas, a ver si nos dan chance, si nos acompañas”. Dije: “Si”. Y ahí anduvimos viendo las escuelas [...] “¿Cómo vez de las escuelas?”. “Pues lo veo difícil porque va a haber problemas porque unos estudian en la mañana y otros estudian en la tarde y, por ejemplo, la secundaria está muy bien, el problema es que salen hasta las tres los alumnos y ustedes van a entrar temprano [...] “Yo digo que aquí [en el edificio de la ayudantía] hay que ver,



digo, allá abajo hay locales que están las autoridades ocupando pero yo les digo que desalojen y nos organizamos y aquí que se ponga". Ya empezamos a revisar todo, todo, y dice: "Me conviene" (ex ayudante municipal, Ciro Noceda).

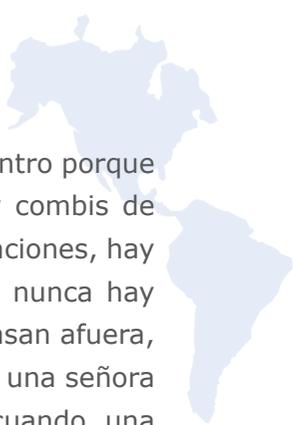
Además de tratarse de una obra que don Ciro considera un orgullo de su administración, en la que participó muy de cerca, también es importante porque el bachillerato forma parte del escenario deseable que tiene para su comunidad, pues enlaza la posibilidad de tener más profesionistas en Hueyapan y desarrollar las formas de pensar de los jóvenes, lo que confía se logre, sin detrimento de las costumbres.

Maribel nació en 1977, es la mayor de seis hermanos, un hombre y cuatro mujeres. Sus padres son campesinos. Vive en el barrio de San Bartolo en una casa construida en la cima de una pequeña colina desde la cual domina su huerta de árboles de pera y aguacate y su hortaliza, donde predomina el chilacayote. La mayor parte de su casa es de tabicón rosa y de techo de loza, pero su cuarto se encuentra aparte, es de adobe con techo de teja. Estudió la primaria en la escuela Justo Sierra, comenzó sus estudios en la Secundaria Técnica de Hueyapan, pero no los terminó, sin embargo, en el 2005 concluyó la secundaria abierta en Cuautla. Hasta ese mismo año, trabajó en el sitio de taxis del centro de Hueyapan y dos días a la semana apoyaba dando clases de educación inicial en el barrio de San Felipe. En el 2006 fue nombrada Coordinadora General de la campaña política para la presidencia municipal de Tetela del Volcán, del candidato de Hueyapan y, en 2007, habiendo ganado las elecciones, fue contratada como secretaria del mismo. Aunque tenía la expectativa de ingresar al bachillerato de reciente creación,

junto con su hermana Isabel, el trabajo y la presión económica la hicieron desistir. De modo tal que decidió mantener su trabajo y apoyar con los gastos escolares a su hermana, quien, por acuerdo, la ayudaría después a pagar sus estudios.

Delia nació en 1979, estudió en la primaria 20 de noviembre del barrio de San Felipe. Aunque inició sus estudios en la Secundaria Técnica de Hueyapan los terminó en el sistema abierto en Cuautla, a mediados de los noventas. Su situación era difícil, pues aunque le entusiasmaba la idea de continuar su preparación, tuvo que trabajar en distintas actividades, algunas de las cuales son la elaboración y venta de yogurt o la atención del sitio de taxis de Hueyapan. Sin embargo, nunca dejó de participar en cursos, conferencias y congresos relativos a la cuestión indígena y de involucrarse en talleres productivos en el CBTA. Participó activamente en el grupo cultural Totlajtoneljoayotl, A.C., impulsado por un médico del poblado, con quien incrementó y reforzó sus conocimientos del náhuatl hasta el grado de que, a los 26 años, había ganado concursos de cuento y se había convertido en poetisa y cantante en esta lengua, siendo reconocida en foros estatales y nacionales. En este ámbito recibió el apoyo de Culturas Populares para grabar un disco.

Cuando empezaba a organizarse en el poblado la creación del bachillerato, Delia decidió ingresar a este plantel, siendo parte de la primera generación de egresados, aunque la formación terminal en computación que brinda el bachillerato dista mucho de sus intereses futuros, pues ella quiere estudiar música. Con todo, la llegada a Hueyapan del Colegio de Bachilleres mediante el sistema de Educación Media Superior a Distancia (EMSAD) significó la oportunidad de compaginar sus estudios con su trabajo.



Su experiencia en el bachillerato ha sido satisfactoria y aunque tuvieron que convencerla para asistir, ahora ella valora la oportunidad de acceso que ha tenido, sobre todo cuando considera la oportunidad que tienen las personas que vieron truncados sus estudios durante varios años. Tal es el caso de una de sus compañeras llamada Lucero.

Para poder ingresar, Lucero primero tuvo que convencer a su mamá. Perdió un año de estudios después de haber salido de la secundaria y de no haberse abierto el bachillerato en Hueyapan, dice, no hubiera tenido ninguna oportunidad de continuarlos. Tiene ocho hermanos mayores de los cuales ninguno continuó más allá de la secundaria, por lo que será la primera en su familia en obtener aquel grado.

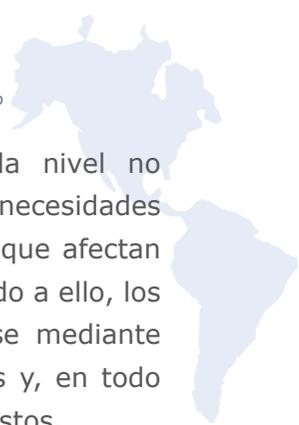
Como Lucero había muchos jóvenes en la comunidad que veían limitadas sus trayectorias por dos razones en particular: una, la negativa de los padres para que sus hijos continuaran sus estudios, y otra, los insuficientes recursos económicos para que lo hicieran. Un profesor de bachilleres señalaba que entre las estudiantes de las primeras generaciones incluso se encontraban madres jóvenes cuyos maridos trabajan en los Estados Unidos. Estas jóvenes mujeres aprovechaban al dejar a sus hijos en el jardín de niños para integrarse ellas a la escuela.

En Hueyapan la percepción de los habitantes respecto al bachillerato es contrastante. Al encontrarse la escuela ubicada en la ayudantía municipal, el espacio del receso o donde los estudiantes se desplazan en los cambios de asignatura es la plaza principal, de manera que algunos aprovechan esos momentos para comprar un refrigerio, otros organizan partidos de voleibol, platican en grupitos sentados en las jardineras, recorren las calles aledañas, observan el paisaje desde la terraza del edificio. Todo ocurre ante los ojos

de los pobladores que acuden al centro porque ahí se ubican los sitios de taxis y combis de transporte público. Ante estas situaciones, hay quienes dicen que en esa escuela nunca hay clases, que los estudiantes se la pasan afuera, que nada más van a jugar, incluso, una señora comenta que le tocó escuchar cuando una profesora llamó a los alumnos que andaban desperdigados por la plaza y les dijo que había estado revisando los exámenes que mandaron de la Dirección General y que venían temas que ellos no habían estudiado durante el semestre, por lo que tendrían que revisar rápidamente algunas cosas esa tarde. Estas situaciones son precisamente las que los padres de familia utilizan para argumentar a sus hijos por qué no están convencidos de dejarlos asistir y por qué piensan que deberían dedicarse mejor a trabajar o en el caso de las mujeres, que terminarán casándose y sus estudios no habrán servido de nada.

Por otra parte, también hay ciertas dificultades relativas al propio programa dirigido a la formación en computación. En efecto, en la comunidad el acceso a internet es lento y costoso, y a esto debe agregarse que a diferencia de otros contextos los estudiantes no cuentan con una computadora en casa y hay muy pocos lugares que ofrecen el servicio de *café-internet*. La profesora encargada del área de informática, egresada de la Universidad Autónoma Metropolitana, señala que la escuela tiene suficiente equipo y cuentan con el *software* necesario, así que los problemas se centran en el acceso a la red de internet, un recurso, que considera, es indispensable para la enseñanza.

La resistencia de los pobladores hacia los beneficios que pueden obtenerse a través de la escolarización no puede ser desacreditada rápidamente. Una de las razones la expone Bazdresch (2001). Este autor señala que aun cuando la relación entre educación y pobreza



constituye una idea positiva generalizada en el imaginario social que se resume en la expresión: la educación es una vía hacia una mejor forma de vivir (Bazdresch, 2001), mientras el aumento del grado de escolaridad de la población no esté enlazado con otros aspectos como la calidad de la educación o las oportunidades laborales al momento de su egreso, esa idea no deja de ser más que un elemento del marco conceptual —en el cual se “interpreta el papel de la educación en su relación con la pobreza, la desigualdad, la equidad y la marginalidad” (Bazdresch, 2001: 68)— que utiliza el Estado para legitimar sus estrategias de política educativa.

Al concluir nuestro trabajo de campo, el bachillerato se encontraba operando con una matrícula estable de 170 alumnos, lo cual aseguró la continuidad del proyecto; se había organizado un patronato para la construcción de sus instalaciones, que consiguió que los habitantes donaran terrenos para ello, lo cual habla de la gradual aceptación de la institución. Si bien, el señor Noceda dejó el cargo del ayuntamiento sin ver terminada la obra, confiaba en que la comunidad elegiría como sucesor a alguien que diera continuidad a lo planeado.

5. Conclusiones. La educación y el desarrollo social

Tratar de responder cuál es el valor de las instituciones escolares en una comunidad indígena es complejo. Reconstruyendo las trayectorias escolares de los habitantes se observa que el valor que la escuela ha tenido en la comunidad se ha ido transformando de generación en generación. Los conflictos y resistencias que se reviven a la llegada de, primero, las escuelas primarias, después la secundaria y, finalmente, el bachillerato, se han basado en el argumento de que los

conocimientos obtenidos en cada nivel no sólo no corresponden con las necesidades apremiantes de las familias, sino que afectan su cultura y su organización. Debido a ello, los beneficios que pudieran obtenerse mediante la escolarización parecen inciertos y, en todo caso, desiguales respecto a sus costos.

Sin embargo, los relatos muestran también las relaciones interculturales latentes, poniendo al descubierto cómo las personas, las familias y la comunidad, generación tras generación, van apropiándose de las escuelas, apostando a los conocimientos que en ellas se imparten y al uso creativo que pueden hacer a partir de lo que ofrecen las instituciones, unos lo llaman desarrollo, otros cambio de mentalidad, aunque el principio fundamental está puesto en la forma de relacionarse entre sí y con los otros, lo que esperan, mejore su vida y su comunidad.

Cada uno de los interlocutores va ayudando a reflexionar sobre dónde radica el valor de la escolarización: en el saber por sí mismo, en los conocimientos y habilidades para realizar actividades laborales, en la construcción de su proyecto de vida, aunque también en la construcción y reinención del proyecto comunitario, en el mejoramiento de la interacción con las instituciones gubernamentales mediante la obtención de cargos públicos; en general, en la capacidad de las personas para poder interactuar en diferentes contextos, lo que las beneficia a ellas y a su comunidad.

Haciendo un recuento, la generación de los años de 1940 se enfrentó a dos situaciones particulares: la limitada oferta educativa en el poblado y el poco apoyo que las familias otorgaban para que sus hijos acudieran a la escuela, más allá de los primeros grados. Sin embargo, en retrospectiva los interlocutores señalan, en todos los casos, haber logrado obtener conocimientos útiles para su vida



cotidiana y laboral, tales como leer, escribir y las operaciones básicas de las matemáticas. De modo tal, que la mayoría mostró interés en que sus hijos e hijas asistieran a la educación básica. Sin embargo, respecto al bachillerato se observó que son los mismos estudiantes, los de las generaciones más jóvenes, quienes se ocupan de construir sus oportunidades para obtener educación media superior.

Los relatos dan cuenta de cómo las características personales inciden en la asistencia escolar de los miembros de las familias, desde el coraje que lleva a las madres a trabajar para apoyar la educación de sus hijos, la impotencia que genera no haber enfrentado de mejor manera *la vida* para darles estudios, hasta los acuerdos de apoyo entre hermanos para avanzar en sus objetivos educativos, así como asumir personalmente los gastos de su educación.

Entre más jóvenes son las generaciones, se percibe un mayor cambio de actitud respecto a la asistencia escolar. Del rechazo y obstaculización, los padres de familia se fueron convirtiendo en promotores, primero de la educación primaria y, posteriormente, de la secundaria. Sin embargo, hasta el momento en que se llevó a cabo el estudio, todavía se observaban resistencias al bachillerato, aunque con la mediación de los jóvenes y de las autoridades, que veían en esta institución una oportunidad para el desarrollo de la comunidad, se mostraba una paulatina aceptación.

Las decisiones que la comunidad tome y la confianza que deposite en sus autoridades y sus estudiantes son fundamentales. De

unos depende la posibilidad de aprovechar los programas sociales o las acciones de desarrollo impulsadas externamente para el poblado; en los otros, los jóvenes con mayor escolarización, están depositadas las esperanzas de un Hueyapan transformado, pero dueño de costumbres arraigadas. La influencia reconocida de las instituciones escolares, los cambios promovidos a través de ellas, se ligan a un proyecto de vida y un proyecto de comunidad del cual se espera el mantenimiento de los lazos solidarios entre los habitantes, cohesión comunitaria que se traduce en el mantenimiento de su identidad, aunque no fundamentada en el rechazo a lo externo.

Así, los cambios de mentalidad esperados son aquellos que tienen base en sus costumbres y tradiciones. Si bien ninguna escuela se encuentra oficialmente organizada desde el modelo intercultural, las personas y la comunidad ponen el marco y, de manera subrepticia, articulan las diferentes perspectivas, innovan y crean. La interculturalidad presente se encuentra en el futuro comunitario que construyen con la participación de todos, organizándose según sus usos; por eso la percepción de sus autoridades, así como de los pobladores, respecto de sus escuelas es fundamental para su mantenimiento y transformación: las percepciones cambian a medida que las escuelas cambian, a medida que las escuelas demuestran que sirven para algo, que sirven a la comunidad.



Notas

1. La escuela secundaria corresponde al Nivel 2, es decir al Primer ciclo de la Educación Secundaria según la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación (CINE) de la UNESCO. La edad normativa para cursarla, en México, es de 12 a 14 años.
2. El bachillerato corresponde al Nivel 3, es decir al Segundo ciclo de la Educación Secundaria según la Clasificación Internacional Normalizada de la Educación (CINE) de la UNESCO. La edad típica de sus estudiantes, en México, es de 15 a 18 años.

Referencias bibliográficas

- Albó, Xavier (s/f). *Interculturalidad y formación política para América Latina*, 10 p. Encontrado el 20 de febrero de 2010 en: <http://www.uca.edu.sv/publica/cidai/INTERCULTURALIDAD-Xavier-Albo.pdf>
- Arizpe, Lourdes (coord.) (2004). *Los retos culturales de México*, México: Miguel Ángel Porrúa, CRIM-UNAM y Cámara de diputados LIX Legislatura.
- Bazdresch Parada, Miguel (2001). Educación y pobreza: una relación conflictiva, en: Alicia Ziccardi (comp.), *Pobreza, desigualdad social y ciudadanía. Los límites de las políticas sociales en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO.
- Bertely, María (2009). "Educación ciudadana intercultural. Los educadores mayas de Chiapas en la construcción desde debajo de ciudadanías alternas", *Revista Interamericana de Educación para la Democracia*, vol. 2, núm. 2, pp. 180-210. Disponible en: <http://scholarworks.iu.edu/journals/index.php/ried/article/view/158/252>
- Bonfil, Guillermo (1993). Implicaciones éticas del sistema de control cultural, en: León Olivé (compilador), *Ética y diversidad cultural*, México: UNAM y Fondo de Cultura Económica, pp. 195-204.
- Conapo (2006). *Índice de marginación por localidad 2005*, México: Conapo.
- Friedlander, Judith (1977). *Ser indio en Hueyapan*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Geertz, Clifford (1996). *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa.
- Giménez, Carlos (2001). Cómo entender la interculturalidad, en: *Educación Intercultural*, Cuadernos pedagógicos no. 5, Guatemala: Ministerio de Educación.
- INEGI (2001). *XII Censo General de Población y Vivienda, 2000*, México: INEGI.



INEGI (2005). *Censo Económico 2004*, México: INEGI.

Loyo, Engracia (2006). La educación de los indígenas. Polémica en torno de la ley de escuelas de instrucción rudimentaria (1911-1917), en: Margarita Moreno-Bonett y Ma. del Refugio González (coord.), *La génesis de los derechos humanos en México*, México: IIJ-UNAM, pp. 359-376. Disponible en: www.bibliojuridica.org/libros/5/2289/24.pdf

Martínez Moctezuma, Lucía (2006). Educando en las regiones: formación de profesores y prácticas educativas en el estado de Morelos, 1926-1934, en: Lucía Martínez y Antonio Padilla (coord.), *Miradas a la historia regional de la educación*, México: UAEM, CONACYT y Miguel Ángel Porrúa, pp. 255-283.

Olivera Campiran, Maricela (2007). Evolución histórica de la educación básica a través de los proyectos nacionales: 1921-1999, en: *Diccionario de Historia de la Educación en México*, México: Proyecto CONACYT. Disponible en: http://biblioweb.dgsca.unam.mx/diccionario/htm/articulos/sec_6.htm (Última consulta 3 de abril de 2007).

Padilla, Antonio (2007). Para una historiografía de la vida escolar en el siglo XIX, en: *Diccionario de Historia de la Educación en México*, México: Proyecto CONACYT. En línea: http://biblioweb.dgsca.unam.mx/diccionario/htm/articulos/sec_19.htm (Última consulta 3 de abril de 2007).

Warman, Arturo (2003). *Los indios mexicanos en el umbral del milenio*, México: Fondo de Cultura Económica.

Zamarrón de León, Norma (2000). Así se escribió este libro, en: *Había una vez. Oyiya sepa*, Cuernavaca, Morelos: CONACULTA, Instituto de Cultura de Morelos, Dirección General de Culturas Populares.